

Mi sueño logrado

Alondra Monserrat Vazquez Orduña*

¿Por qué quise ser maestra?

Fácil de responder desde niña yo lo soñaba, yo lo deseaba y veme aquí haciendo lo que soñaba, recuerdo cuando jugaba con mis muñecas a que yo era su maestra, cuando jugaba con mi hermana y mis vecinas a la maestra y yo siempre peleaba por ser su maestra escribiendo en mi pizarrón verde usando mis cajas de gises, adaptando un rinconcito de mi casa, calle o donde fuera para jugar. Ahora esto se convirtió en grande, escribo en pizarrón blanco, ya no tengo gises ahora son plumones y de colores y sigo adaptando a cualquier espacio llamado contexto para dar clases.

De niña no sabía que era una gran responsabilidad esta profesión, el mundo es tan cambiante, así como la mentalidad de las personas, como dicen los tiempos ya no son los mismos el respeto a esta bella profesión se ha perdido, pero llegó una pandemia que hizo reflexionar a algunos padres de familia sobre la responsabilidad y compromiso que tenemos los maestros ahora a ellos les tocó ser maestros de sus propios hijos, aunque no de la misma manera. En ese tiempo de pandemia yo seguía estudiando, pero estaba en mis prácticas dando clase detrás de una cámara a niños que tal vez tenían a un lado a su mamá, papá, incluso abuelos porque hasta ellos aprendieron con nosotros.

Yo estude en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato (BCENOG), durante cuatro años, no fue mi primera opción porque yo no me sentía capaz de entrar a esa escuela por el reconocimiento que se le tiene, apliqué en otras Normales pero no obtuve un espacio sino que en la BCENOG tuve mi lugar, y sigue siendo mi lugar seguro.

Desde que tengo memoria, la escuela no era solo un lugar al que iba por obligación, sino un espacio donde algo dentro de mí se encendía. No siempre supe que quería ser docente, pero sí recuerdo

con claridad esa sensación: observar a mis maestros, escuchar sus explicaciones, ver cómo lograban que algo aparentemente difícil se volviera comprensible. Había algo en ese acto de enseñar que me parecía casi mágico.

Sin embargo, mi camino hacia la docencia no fue una línea recta. Como muchos, crecí entre dudas, expectativas familiares y la incertidumbre de elegir un futuro. En algún momento consideré otras opciones, profesiones que parecían más seguras o más conocidas, pero siempre había algo que me hacía volver al mismo punto: la enseñanza.

Recuerdo especialmente a un maestro que marcó profundamente mi vida. No era solo su conocimiento, sino su forma de mirar a sus alumnos, de escuchar, de tener paciencia incluso cuando parecía que nadie entendía. Él no solo enseñaba contenidos, enseñaba confianza. Fue en ese momento cuando comencé a preguntarme si yo también podría generar ese impacto en alguien más. Aun así, no todo fue claridad. Hubo momentos de duda, de miedo, de pensar si realmente tenía lo necesario para estar frente a un grupo. Porque ser docente no es solo saber, es saber compartir, conectar, motivar, y muchas veces sostener emocionalmente a otros. Y eso impone.

Cuando finalmente tomé la decisión de formarme como docente, entendí que no se trataba solo de adquirir herramientas pedagógicas, sino de transformarme a mí mismo. La formación docente no solo me enseñó a planear clases o evaluar aprendizajes, sino a mirar la educación como un acto profundamente humano. Durante mis prácticas, enfrenté la realidad del aula. Ahí ya no había teoría suficiente: había alumnos con distintas historias, ritmos y necesidades. Algunos aprendían rápido, otros requerían más tiempo; algunos mostraban interés, otros parecían desconectados. Y fue justo ahí donde comprendí el verdadero sentido de ser docente.

Recuerdo una ocasión en la que un alumno, que constantemente parecía distraído, logró resolver una actividad que antes no comprendía. Su expresión cambió por completo: de la frustración a

la satisfacción. Ese momento, aparentemente pequeño, tuvo un gran impacto en mí. Entendí que enseñar no es solo transmitir conocimientos, sino acompañar procesos, celebrar avances y no rendirse ante las dificultades. También hubo momentos complicados. Días en los que sentía que nada salía como lo planeado, en los que dudaba de mi capacidad, en los que el cansancio parecía ganar. Pero incluso en esos momentos, algo me impulsaba a continuar. Tal vez era la convicción de que lo que estaba haciendo tenía sentido, o tal vez eran esos pequeños logros diarios que, aunque silenciosos, eran profundamente significativos.

Con el tiempo, fui entendiendo que ser docente implica una responsabilidad enorme, pero también un privilegio. No todos tienen la oportunidad de influir en la vida de otros de una manera tan directa. Cada palabra, cada gesto, cada decisión en el aula puede dejar huella.

La docencia me ha enseñado a ser paciente, a escuchar, a adaptarme. Me ha obligado a cuestionarse constantemente, a aprender de mis errores y a reconocer que nunca se deja de aprender. Porque, aunque el rol sea enseñar, en realidad el aprendizaje es mutuo.

Hoy puedo decir que no me equivoqué al elegir este camino. No porque sea fácil, sino precisamente porque es un reto constante. Ser docente es reinventarse todos los días, es buscar nuevas formas de enseñar, es conectar con nuevas generaciones que ven el mundo de manera distinta. En un contexto donde la educación enfrenta múltiples desafíos, ser maestro también es un acto de resistencia. Es creer que el conocimiento sigue siendo una herramienta poderosa, que la escuela sigue siendo un espacio de transformación y que cada alumno tiene un potencial que merece ser descubierto.

“Por eso me hice docente”: no por casualidad, sino por convicción. Porque encontré en la enseñanza una forma de aportar, de trascender, de construir algo más allá de mí mismo. Porque entendí que educar no es llenar mentes, sino formar personas. Y aunque el camino sigue, y seguramente vendrán más retos, más dudas y más aprendiza-

jes, hay algo que permanece firme: la certeza de que elegí una profesión que tiene sentido. Una profesión que, más allá de los contenidos, se construye con humanidad.

Ser docente no es solo un trabajo. Es una forma de estar en el mundo.

*Licenciatura en Educación Primaria. Docente de educación primaria en Mineral de la Luz, Guanajuato. am_vazquez@bcenog.edu.mx